

versal de las ideas. San Juan Bautista personifica esta suprema crisis de la humana conciencia. Mas eran Bautistas, como él, en tan supremo trance y momento, la sibila de Eritrea, que contaba con los dedos la consumación de las semanas de Daniel, y que iba escribiendo sus misteriosos anuncios á medida que iban faltando los resplandores de la fe antigua; el filósofo de Roma y de Atenas, que veía con seguras íntimas intuiciones la necesidad imprescindible de una revelación nueva para los espíritus; el peregrino israelita, que se partía desde los últimos extremos del mundo á la montaña de Sión en pos de las festividades religiosas; el judío alejandrino, que adoraba su Verbo intermediario entre la divina y la humana inteligencia; el poeta mismo de la Ciudad Eterna, que recogía los coros formados por las sibilas y por los profetas, anunciando una nueva edad, en que las nubes henchidas de rocío volarían por el cielo como blancas bandadas de palomas, sin truenos, y sin rayos, y sin relámpagos; y las abejas, destituidas por completo de aguijón, depositarían la miel en el tronco de la encina cargada de frutas; y el surco abierto sin necesidad de arado, se cubriría de racimos y espigas; viniendo el cumplimiento de las profecías y la consumación de los siglos en que la justicia será como ceñidor de los riñones del hombre, y morará el cor-

dero con el lobo, y el tigre se acostará junto al cabrito, y el león y el becerrillo andarán en compañía pastoreándoles cualquier muchacho; y se disipará la envidia; y se acabará la servidumbre, viniendo el reino verdadero de Dios sobre la tierra.

Hasta el momento en que aparece Juan, la nueva semilla se oculta en el seno de la tierra. Pero desde su predicación apunta sobre la superficie, á guisa de tierno, más verdadero y seguro tallo. El profeta conoce que algo de Dios late con viveza en su espíritu é invoca el divino mandato. Las orillas del Jordán ofrecen mayor espacio que los estrechos muros de Jerusalén al movimiento de su tierno corazón y á la libertad de su fecundísima palabra. Deseoso de mostrar que trae la regeneración por el bautismo y por la humildad; es decir, por las renovaciones morales y por el sometimiento y sujeción á la voluntad divina, se lava en el Jordán como el último de los esenios y entona las alabanzas de Dios en el desierto, sin curarse de si lo escuchan ó no, como el ave sobre su nido. Las palabras suyas van como encaminadas á componer una comunidad digna de suceder á Abraham y de recibir al Mesías, decidida por su voluntad y por su fe á la iniciación de esta grande obra. Por tanto, clama en todas partes: «Haced penitencia, que se acerca el reino de Dios.» Y, en efecto, sencillo co-

mo la verdad moral que predica; sublime como la religión que prepara; espontáneo en sus palabras, que salen del espíritu como la esencia del cáliz de las flores; echando á los cuatro vientos sus ideas como las palmas del desierto sus semillas; errante por aquella tierra, donde los nopales retorcidos entre los pedruscos y las higueras blanqueadas por el polvo de las sendas ofrecen alimento á las fuerzas, como abrigo al cuerpo el cielo azul sembrado de astros que parece un manto de seda, Juan, para seme- jarse en todo á Jesús, de quien es como albor, encierra en sencillos apólogos los más divinos pensamientos, cual encierra el planeta su virtud magnética en el extremo de imantada aguja, y da gracias al cielo por haberle permitido vivir en aquellos tiempos de renovación, que ven acercarse, no el Dios airado de la Biblia, quien por principal atributo tiene la justicia y por primer ministro el castigo; á cuya mirada enciéndose como yesca los bosques y como epilépticas se bambolean las montañas; precedido de ángeles exterminadores con cometas por espadas y acompañado del relámpago y del trueno, resonantes mensajeros de sus iras; no aquel Dios que ha echado en el sepulcro las generaciones, como el segador echa en el surco las espigas; cubierto de sangre, cuando vuelve del combate, según la expresión de sus profetas, como

de mosto el vendimiador que ha pisado la uva en el lagar; no aquel Dios, no, el Dios todo bondad, todo amor, todo misericordia, padre tierno más que monarca omnipotente, del cual somos los hombres hijos, y por el cual entre nosotros hermanos; que nos contiene á una en su seno igualmente, pidiéndonos busquemos su reino espiritual y lo demás nos será por añadidura dado, como al ave que no siembra se le da el sustento y al lirio que no hila se le da su vestidura, en la efusión del amor universal y divino, cuyos efluvios penetran desde los cielos hasta los corazones é iluminan desde los astros hasta los espíritus.

La tierra se hallaba suficientemente apercebida para esta predicación, y con especialidad la tierra judía. No puede abrirse un libro hebreo ni estudiarse un acontecimiento histórico del tiempo de persecución y de prueba cuando los choques con los grandes imperios hacen retemblar las paredes del templo de Jerusalén sobre sus cimientos, sin que se vean surgir en el estilo apocalíptico de los profetas las esperanzas confiadas al Mesías, al prometido y enviado de los cielos. El aliento abrasador de estas esperanzas infundió en el alma de los Macabeos la cólera divina, que les llevó á combatir, como los héroes griegos, con el mismo aliento, con el mismo valor, con el mismo arte, por la

tierra de sus padres y por el templo de sus leyes. Al reclamo de las esperanzas mesiánicas las viejas sibilas van acercándose al templo de Jerusalén y diciendo en palabras simbólicas, no escuchadas antes de los labios de ningún profeta, cómo los impíos reinos de Gog y de Magog serían devorados por antorchas desprendidas del cielo para nutrir voracísimo incendio, y cómo tras aquella catástrofe vendría, cual vienen las alboradas tras las noches, enviado de Dios, el Mesías prometido, para dar justicia y paz á las gentes. Así, cuando los prefectos ó procuradores romanos, despues que Pompeyo rompiera el muro donde se resguardaba Jerusalén, la esposa de David, continúan su obra de tiranía y remachan la esclavitud mísera de Israel, encontramos las esperanzas mesiánicas descendiendo desde las estrofas de los profetas á la vida vulgar, á los dichos corrientes, á los refranes populares. El judío, que ve pasar por las puertas de su maldita casa el guerrero romano, murmura en las orejas de sus hijos á media voz y en palabras entrecortadas á veces por el sollozo, la llegada indudable del heredero de David, que debe restaurar el reino de Israel, antes del cual descenderá de los cielos su precursor Elías, y después del cual se hincarán de hinojos ante las puertas del templo todos los pueblos del mundo. Ya ha nacido, ya, se dicen

los unos á los otros en su angustia; pero se halla oculto, mirando al horizonte, para columbrar las señales que deben decir á la tierra su misterioso advenimiento. Apenas venido tenderá su mano y quebrantará el yugo extranjero, alzará su voz y reunirá todos los cautivos dispersos en todos los pueblos de la tierra. Y los hijos de Israel recogerán los despojos de todos los campos de batalla y reinarán sobre sus mismos dominadores.» Tales nubes del alma, rojas y ardientes como las que ilumina el sol de los desiertos, promovieron mil rebeliones inútiles, en las cuales se acrecentaba el número de los sacrificios estériles, sin que apareciese jamás la sombra del escarmentador desengaño. Al contrario, la sublime aspiración, henchida por el aliento de las almas heroicas y mártires, tomaba cuerpo, y sangre, y vida, y calor en la persona de aquel penitente, alimentado con hierbas del campo, vestido con pieles de alimaña, desnudo de cabeza y de pies, el Bautista, que daba grandes voces en las soledades de Palestina, llamando á todos á que lavaran su interior con el arrepentimiento de las culpas, su carne con las aguas del Jordán, preparando en estas ceremonias simbólicas la buena nueva traída por el espíritu divino. Herodes Antipas creyó ahogar tal predicación religiosa con descabezar al Bautista; pero la pertinacia de la

idea mesiánica, engendrada en el seno de tantos profetas; la pertinacia de esa idea que resucita la patria en las orillas de extranjero río; que consuela y fortalece á los cautivos del Éufrates; que sostiene á pobres niños entre las llamas de los hornos y á viejos nabíes entre las uñas de los leones; que prospera bajo el cetro de Antioco el sirio y bajo la espada de Pompeyo el latino; que suscita los esfuerzos sublimes de los Macabeos y el suicidio de cien generaciones combatientes; que contrasta los tiranos con profetas, anunciando la caída de Nínive, y de Babilonia, y de Roma con igual seguridad é igual certidumbre; que inspira inmortales poemas, en cuyos fantásticos versículos vienen los ángeles exterminadores á segar los ejércitos y los ángeles propicios á facilitar las vías de los nuevos tiempos; esa pertinacia, decíamos, en la idea mesiánica, que un coro de sacerdotes entona en Judea y otro coro de sibilas en los mares helenos é itálicos, había cincelado la tierra y apercibido el espíritu en aquella hora de santidad, por cuya virtud apareció en la penumbra de las antiguas y de las nuevas edades la imagen de Cristo á cumplirla y realizarla, para que no se pierda ningún esfuerzo progresivo en el mundo y no se malogre ninguna de las promesas dadas y de las revelaciones transmitidas por el espíritu de Dios al espíritu del hombre.

V

La idea del mesianismo, idea judía, se halló con la idea del Verbo, idea griega. Como el Mesías provino de los profetas, el Verbo provino de los filósofos. La idea del Dios único, debida primeramente á la teología hebrea, no cuadraba con el genio difusivo heleno, quien, al admitirla en toda su verdad, tuvo que adaptarla sabiamente á su naturaleza y compleción. Dificilísimo de comprender aquel Dios puramente semita, encerrado en la solitaria eternidad, comunicándose con el hombre y con la tierra por medio de sus enviados naturales, ó sean los profetas, y por medio de sus enviados sobrenaturales, ó sean los ángeles. A la uniformidad y monotonía del desierto cuadraba ese Dios, pero no á la vida múltiple de Grecia y á su carácter, más humano, pero mucho más, que la naturaleza y carácter de Israel. Así la idea, por Grecia lógicamente á todas las ideas antepuesta, fué la comunicación de Dios con el mundo y con el hombre. Para esta concepción se necesitaba humanizar de suerte la divinidad que se hiciese perceptible á nuestra contingente inteligencia y divinizar de suerte á la humanidad que llegase á confundirse con Dios mismo. El griego, como había visto sus históricas di-